



momento el poder romano en España. Acometió á Escipion una enfermedad grave, y se difundió la voz de que habia muerto. Los dos hermanos españoles Indivil y Mandonio, que se habian unido á los romanos, no tanto acaso por gratitud á Escipion, como con la esperanza de expulsar con su ayuda á los cartagineses, creyendo en la muerte del caudillo romano, mudaron otra vez de partido y levantáronse en armas de nuevo. Sobre unos ocho mil romanos que acampaban á las márgenes del Ebro, creyendo tambien muerto á su general, amotináronse so pretexto de faltarles las pagas, y deponiendo á sus jefes y nombrando en su lugar á simples soldados, encamináronse á Cartagena y llegaron hasta las orillas del Júcar. Pero Escipion no habia muerto; hallábase, por el contrario, restablecido ya á aquella sazón, y con su consumada prudencia dejó avanzar los rebeldes, los esperó y los hizo envolver por todo su ejército; mas no queriendo destruirlos ni diezmarlos, temiendo tambien la vecindad de Indivil y Mandonio, les habla, les persuade, les ofreció que les pagará de los tesoros mismos de los dos españoles, á quienes juntos van á batir, los reduce á la obediencia, y castiga un corto número de los sublevados.

Cuando Indivil y Mandonio supieron tales nuevas, repasaron el Ebro en retirada. Escipion los persigue, los acosa, los bate y los destruye. Convencidos estos españoles de la imposibilidad de luchar contra el ascendiente de Escipion, imploran su clemencia, y disculpando su ligereza demandan humildemente perdón para ellos y para sus conciudadanos. El romano vuelve á mostrarse generoso, y despues de reprenderles y afearlos su perfidia, les otorga el perdón y les deja sus armas y sus estados, condenándolos sólo á una fuerte contribucion para el pago de sus tropas. Si artera y fingida fué la sumision, no fué ménos política la indulgencia. Pero conveniáale á Escipion dejar allí restablecida la paz, porque le urgia arrojar á los cartagineses de Cádiz.

Por este tiempo habia vuelto de África Masinisa con un refuerzo de caballos númerados, como para socorrer á los suyos; pero ya hemos visto cuán inclinado estaba á hacer causa con

los romanos. Escipion se habia acercado tambien á Cádiz, y entónces fué cuando los dos caudillos celebraron la entrevista en que se pactó la amistad que habia de durar toda la vida, y se concertó la entrega de la plaza.

Magon ya no pensaba en defenderla. El senado cartagines habia resuelto al fin abandonar la España, y con las tropas que retirara de la Península tentar el último esfuerzo en Italia. Magon recibió orden de partir. Preparóse á ello arrebañando cuanto oro y plata pudo, así del Tesoro como de los particulares, sin respetar los templos de los dioses, que despojó tambien. Embarcóse en seguida, dejando á Masinisa con sus númerados en Cádiz. Tomó rumbo hácia Cartagena, y acercóse á su antigua metrópoli por si podia sorprenderla; pero rechazado vigorosamente por la guarnición romana, dió la vuelta hácia Cádiz, cuyas puertas halló cerradas ya y abolida la autoridad de Cartago. Abordó entónces con su flota al pequeño puerto de Ambis, desde donde envió diputados á la plaza quejándose de aquella novedad; y como manifestase deseos de hablar con los magistrados, acudieron éstos cándidamente donde Magon estaba, el cual tan luégo como los tuvo en su poder los hizo azotar y dar muerte de cruz. Así se despidieron de España los últimos cartagineses. Con una felonía se habian apoderado de Cádiz, y con un acto de traicion le hicieron la última despedida (205).

Desde allí se hizo Magon á la vela para las Baleares. Tentó un desembarco en Mallorca, pero los honderos mallorquines le recibieron con una lluvia de piedras, que mal de su grado le obligaron á retirarse. Mejor recibido en la menor de aquellas islas, detúvose á invernar en un puerto que de su nombre se llamó *Portus-Magonis*, despues Puerto Mahon.

Al fin los cartagineses fueron expulsados de España, despues de catorce años de porfiadas y sangrientas luchas, y al quinto de haberse encargado Escipion de la guerra y del gobierno de la Península (1). Cádiz, la primera colonia fenicia y la última ciudad cartaginesa, pasó á ser ciudad romana.

(1) Lib. XXVIII, caps. 18 y 19.

CAPÍTULO XVII

Caida de Cartago.—Campanías de Anibal en Italia.—Constancia de los romanos.—Primer triunfo del cónsul Marcelo sobre Anibal.—Llega Asdrúbal á Italia.—Es derrotado y muerto en el Metauro, y su cabeza arrojada al campamento de Anibal.—Sentidos lamentos y lúgubres vaticinios de éste.—Pasa Escipion de España á Roma.—Sus designios.—Oposicion que encuentra en el senado.—Pasa á Sicilia y desde allí á África.—Pérfida estratagemata que emplea para derrotar á Siphax.—Anibal es llamado de Italia en socorro de Cartago.—Entrevista de Anibal y Escipion. Famosa batalla de Zama.—Triunfa Escipion y sucumbe Cartago.

Los sucesos que vamos á referir en este capítulo, aunque acontecieron fuera del territorio de nuestra Península, y de ellos nos hemos ocupado en otro lugar, harémos ligera mencion de ellos por la grande influencia que ejercieron en los destinos de España. Trátase además de la suerte que cupo á dos de los más famosos capitanes de la antigüedad, que ambos habian inaugurado la carrera de sus glorias en los campos españoles. Trátase de dos guerreros insignes, que en nombre de las dos más poderosas y más enemigas repúblicas se disputaban el imperio del mundo. Trátase del final término que tuvieron las memorables luchas entre romanos y cartagineses; luchas sostenidas con soldados españoles, que peleaban fuera de su patria en contrarias filas, y que solian decidir el éxito de las batallas en provecho ajeno. Trátase, en fin, de la caída de una república que señoreó siglos enteros los mares, y estuvo á punto de sujetar la Italia y la España al dominio africano.

Hemos dejado á Anibal invernando en Ca-

pua despues del memorable triunfo de Canas. Se han hecho cargos á aquel ilustre guerrero por no haber marchado derechamente sobre Roma; pero acaso en nada anduvo más prudente el africano que en no empeñarse en la conquista de la ciudad eterna. Tal vez se han exagerado tambien los daños que en la disciplina y en la moralidad de su ejército causaron las ponderadas *delicias de Capua*; puesto que se vió todavía á este mismo ejército, no muy numeroso, sostenerse por espacio de muchos años en país enemigo, pelear con vigor, mantener en respeto á Roma en medio de todo género de dificultades. La mayor dificultad que tuvo Anibal contra sí, fué la constancia romana, aquella constancia heroica que desplegaron los romanos pasadas las impresiones del primer aturdimiento. Todos, hasta los esclavos, se alistaban voluntariamente en las banderas de la patria; todos los ciudadanos derramaban espontáneamente su dinero en las arcas públicas; las naciones vecinas le prodigaban recursos y soldados. Nada puede dar una idea del modo



cómo se recobró Roma del susto de Canas, como cuando se puso en venta el terreno sobre que acampaba Anibal, pues se presentaron tantos compradores, cual si la Italia se hallara limpia de enemigos; y cuando se trató del rescate de prisioneros, Roma contestó con arrogancia, que no le hacían falta soldados que se dejaban coger vivos, y tuvo la audacia de intimar á Anibal que saliera aquella noche del territorio romano. Todo esto era propio de una república que cuando uno de sus cónsules volvía derrotado y vencido, le daba todavía las gracias por haber llenado su deber y no haber desconfiado de la salud de la patria.

Los romanos se apoderaron de Siracusa (1), de donde sacaron inmensas riquezas, y redujeron toda la Sicilia á simple provincia romana. Llamó entónces Roma al cónsul Marcelo, conquistador de Siracusa, para oponerle á Anibal, el vencedor de Canas. Avanzaron los romanos contra Capua, y Marcelo tuvo la gloria de ser el primer vencedor de Anibal, el cual, despues de haber hecho prodigios de valor, hizo una maravillosa retirada hácia la Lucania.

Fué perdiendo poco á poco Anibal á Capua, Tarento y la mayor parte de las plazas de la Apulia, donde luchó por espacio de tres años. No le quedaba ya más esperanza que el ejército que su hermano Asdrúbal capitaneaba en España. Ya hemos visto cómo los Escipiones frustraban con sus triunfos en España las tentativas de Asdrúbal para pasar á Italia en ayuda y socorro de su hermano.

Despues de tantas tentativas, y cuando Anibal llevaba ya diez años combatiendo en Italia, logró Asdrúbal trasponer los Pirineos y los Alpes (208). Envió tras él el grande Escipion una gruesa armada, con dinero, municiones y víveres, y muchos miles de guerreros españoles.

(1) En 213, entónces fué cuando el grande Arquímedes, absorto en sus meditaciones geométricas, sin percibirse del tumulto de la soldadesca romana que incendiaba y saqueaba la ciudad tomada por asalto, fué muerto por un soldado. El cónsul Marcelo, que habia dado orden expresa para que se respetara su casa, sintió vivamente su muerte, y queriendo repararla en lo posible, colmó á sus parientes de beneficios y mandó erigirle una tumba en que se esculpíó una esfera inscrita en un cilindro.

Españoles eran también los soldados en quienes más fiaban los cartagineses.

Contra Asdrúbal envió Roma al cónsul Livio Salinator al Norte, contra Anibal al cónsul Claudio Neron á la Lucania. En medio de estos terribles conflictos era extraordinaria la ansiedad del pueblo y del senado romano. Asdrúbal, digno hermano del mayor genio militar de la antigüedad, y á quien llama Diodoro el más grande despues de Anibal, avanzaba hácia Ancona arrojando delante de sí al pretor Porcio á la cabeza de 50.000 lusitanos y de algunos veteranos de la Galia. Reinense á Livio los españoles que enviaba Escipion. Ambos tiemblan ante los resultados de una batalla decisiva, porque si triunfa Asdrúbal, sucumbe Roma; si Asdrúbal es vencido, Cartago tiene que renunciar á Italia.

Entre tanto Claudio Neron, más afortunado en Italia que lo habia sido en España (1), habia logrado un triunfo sobre Anibal en la extremidad de la Lucania, cerca de Tarento. Estando en este punto le fueron enviados unos pliegos sorprendidos á un correo que á Anibal habia despachado su hermano Asdrúbal, en que le revelaba todos sus planes y pensamientos de campaña.

Admirémos aquí el patriotismo de los romanos de aquella era. Aquel mismo Neron, que era enemigo mortal de Livio, olvidando sus particulares odios, y atendiendo sólo al bien de la república, vuela en socorro de su colega con 7.000 soldados escogidos. Vuela, decimos, porque separaban cien leguas los dos campos, y bastaron siete dias á sus tropas para salvar tan enorme distancia. Tan á calladas lo hicieron, que ni Anibal advirtió al pronto su salida, ni Asdrúbal notó su llegada. Incorporados los dos cónsules que tanto se aborrecían, púsose Neron á las órdenes de Livio para combatir al enemigo comun. Pensamiento atrevido el de Claudio Neron, y abnegacion admirable, que le dieron á un tiempo gran reputacion de civismo y de capacidad.

Al dia siguiente los romanos presentan la batalla. Sorprendido Asdrúbal de hallar á los

(1) Véase el final del cap. IV.



cónsules reunidos, sospecha si su hermano habrá muerto, ó recela por lo ménos que haya sido derrotado. Bajo el influjo de estos tristes presentimientos, iguales á los que años ántes habia hecho él concebir en España á Cneo Escipion respecto de su hermano Publio, esquivó el combate y emprende de noche la retirada. Á las pocas horas de marcha los guías le abandonan, y el ejército se fatiga en idas y venidas por las márgenes del Metauro, buscando un vado que le es imposible hallar. El retraso da lugar á la llegada de los cónsules, y Asdrúbal se ve forzado á aceptar la batalla. Rudo fué el choque entre las tropas escogidas de los romanos y la legion de España. Desbáñdándose á Asdrúbal los ligurios, pero nada basta á hacer cejar á los soldados españoles, que firmes en sus puestos prefieren morir á retroceder un solo palmo. Tanta bizarría no sirvió sino para inmortalizar el nombre español (1). Sucumbieron al número, y fueron degollados como el mismo Asdrúbal, que no queriendo sobrevivir á la derrota buscó la muerte, vendiendo cara su vida, en las lanzas enemigas (207).

La batalla del Metauro tuvo para Roma el mismo resultado que para Cartago habia tenido la de Cannas. Costó 50.000 hombres á los vencidos, 20.000 á los vencedores. Puede decirse que aquel dia, en un rincon de Italia, se decidió que España sería una conquista de los romanos.

Allí empañó Neron sus glorias con un hecho indigno del renombre que habia alcanzado. Con bárbara inhumanidad hizo cortar la cabeza á Asdrúbal; y no contento con esto, mandó trasportarla á la otra extremidad de Italia y arrojarla en el campamento de Anibal; de Anibal, que mucho tiempo ántes habia honrado con magníficas exequias el cadáver del cónsul Sempronio. Á su vista el general cartagines, enternecido y consternado, exclamó: «Perdiendo á Asdrúbal he perdido yo toda

(1) Tito Livio, el más interesado en acrecentar las glorias de las armas romanas, encarece y tributa mil elogios al valor de los españoles en esta como en otras batallas.

mi felicidad y Cartago toda su esperanza» (1). Con razon temía, pues ya no pudo Anibal hacer otra cosa que mantenerse á la defensiva, si bien todavía se sostuvo cuatro años en la Calabria contra todo el poder de Roma por la sola fuerza de su genio y del valor que supo inspirar á sus tropas.

Una vez que Escipion acabó de expulsar de España á los cartagineses, pasó á Roma á dar gracias por sus triunfos á los dioses del Capitolio, con intencion al propio tiempo de preparar y poner en práctica sus ulteriores planes sobre Cartago. Por las leyes romanas ningun ciudadano podia gozar los honores del triunfo ántes de haber obtenido el consulado. Pero no necesitaba su gloria de aquella vana solemnidad. Hizo su entrada precedido de los carros en que conducía el oro y la plata que habia llevado de España, con muchos objetos preciosos, como muestra de la riqueza natural del país que acababa de conquistar. Vistió luego la túnica de candidato al consulado, y no tardó en ser proclamado cónsul por una mayoría no vista hasta entónces en la república. Era su gran pensamiento político llevar la guerra al África y destruir de una vez á Cartago. Acogió el pueblo con entusiasmo aquella grande idea; no así el senado, donde tenia muchos y envidiosos rivales, que se opusieron á aquel intento por los órganos de Fabio y de Caton. Pero al fin, y á pesar de esta oposicion, se adoptó el medio de darle la Sicilia, con facultad de pasar á África, si circunstancias imperiosas así lo exigiesen. Escaso ejército le facilitó la república, pero todo lo suplió el ardor de los ciudadanos. Á poco tiempo reunió Escipion en Sicilia un armamento formidable, con el cual desembarcó en África llenando de espanto á Cartago, que desde los tiempos de Ré-

(1) Horacio en una de sus más bellas odas expresó la afliccion de Anibal con estas sentidas palabras:

*Cartagini jam non ego nuntios
Mittam superbos: jocidit, occidit
Spes omnis et fortuna nostri
Nominis, Asdrubale interempt!*

«Ya no enviaré soberbios nuncios á Cartago: ¡se acabó, se acabó, muerto Asdrúbal, toda la esperanza, toda la fortuna de nuestro nombre!»



gulo no se había visto amenazada por tan poderoso enemigo.

Para realizar su atrevido proyecto contaba allí con la alianza de Masinisa y de Siphax; el primero no le faltó; pero el viejo rey nómida le había hecho defección, pasándose otra vez a los cartagineses. Escipion determinó castigar aquella deslealtad con una perfidia, que no porque el nómida la mereciera, dejó de ser indigna del romano. Mientras andaba en tratos con Siphax y le entretenía con negociaciones, invadió una noche de improviso su campamento, y poniendo fuego a las tiendas en que dormían los soldados, hizo perecer con el fuego y con la espada á 40.000 africanos. Quiso disfrazar la alevosía atribuyéndola á inspiración de los dioses, y ofreció sacrificios á Vulcano; pero quedaron la historia y la posteridad para condenarla.

Cartago, rodeada de tantos peligros, se vió en la precisión de llamar á su seno á Aníbal, que, aunque debilitado, todavía permanecía en Italia, teniendo en respeto á Roma. ¡Cuán sensible debía ser al cartagineses renunciar al bello país que había recorrido por espacio de diez y seis años, y en que había ganado tantas glorias! Pero reconocía la justicia con que le reclamaba su patria, y no vaciló en volar á su socorro, no sin devastarlo todo á su tránsito y sin ejecutar sangrientas violencias. Iba, pues, á pelear un Aníbal con otro Aníbal, un Escipion con otro Escipion; el genio de Cartago con el genio de Roma. Aníbal llega á África; los dos insignes guerreros se ven, se acercan, entablan pláticas. Bajo el pabellón de una tienda de campaña se tratan los destinos del mundo. Resultó de la entrevista el convencimiento de que una de las dos repúblicas tenía que dejar de existir, y se encomendó de nuevo la decisión á la suerte de las armas.

Entonces los destinos del mundo antiguo se decidieron en la famosa batalla de Zama, en que, por fin, el genio del grande Aníbal sucumbió ante el genio del grande Escipion, y Cartago quedó humillada. Escipion hizo el mayor elogio de su rival, diciendo muchas veces que envidiaba la capacidad del vencido.

Duras fueron las condiciones de paz que el

vencedor impuso á Cartago. La república vencida renunciaba á sus posesiones de fuera de África; daba en rehenes cincuenta principales señores de la ciudad, escogidos por Escipion; se obligaba á pagar á Roma diez mil talentos de plata en cincuenta plazos, y, lo que era más sensible, entregaba sus naves; de quinientas á seiscientas fueron quemadas delante de la ciudad, y Cartago pasó por la humillación y desconsuelo de ver arder aquellas naves, con que no había sabido impedir el desembarco de Escipion; comprometíase Cartago á no emprender ninguna guerra sin el beneplácito de Roma, y á volver á Masinisa todo lo que habían poseído sus mayores y á darle cien rehenes. Á todo esto accedió aquella orgullosa y cruel república, que con su poder había asustado al mundo. Así sucumbió Cartago.

Escipion, despues de ver realizado su intento, volvió á Roma henchido de gloria y de riquezas. Delante de su carro triunfal llevaba al rey Siphax cargado de cadenas; pero el viejo nómida murió antes de entrar en la ciudad. Todos los honores de que podía Roma disponer se prodigaron al vencedor, que recibió el sobrenombre de el Africano. Fué nombrado nuevamente cónsul, y despues censor. Celebráronse magníficas fiestas, y se decretó dar una yugada de tierra á los soldados por cada año que habían hecho la guerra en África ó en España (1).

(1) Creemos que el lector no llevará á mal que le informemos brevemente de la ulterior suerte que cupo á estos dos grandes hombres, Escipion y Aníbal. Su historia encierra grandes lecciones para la humanidad.

Hemos indicado en el texto que Escipion tenía en el senado muchos envidiosos de sus glorias; achaque de todos los grandes hombres. Estas envidias fueron dando su fruto. Despues de los triunfos de España y África que acabamos de referir; despues de haber contribuido á mantener á Filipo, rey de Macedonia, y á Prusias, rey de Bitinia, en la alianza de Roma; despues de haberle sido debida la victoria que su hermano Lucio ganó en Magnesia contra Antioco, rey de Siria; despues de hecha con este rey una paz que aprobó el senado, á su regreso á Roma le esperaban ya acusaciones, en lugar de honores. El austero, el duro Caton, su principal enemigo, le hizo llamar á la barra del pueblo. Compareció Escipion y dijo: «Romanos, hoy mismo hace años que gané en África una brillante victoria contra el enemigo más terrible de la república. Hoy soy llamado á responder á los cargos de un pro-



»ceso. Desde aquí voy al Capitolio á dar las gracias á Júpiter de que me haya proporcionado tantas ocasiones de servir gloriosamente á mi patria. Seguidme, romanos, y acompañadme á pedir á los dioses que os dé jefes que se me parezcan. Bien puedo usar este lenguaje; porque si es cierto que vuestras distinciones se han anticipado á mis años, también lo es que mis servicios han ido delante de mis recompensas.» El pueblo se levantó y le siguió entusiasmado; los tribunos acusadores se quedaron solos.

En otra ocasión calumniaba el mismo Caton su conducta con el rey Antioco, y en pleno senado le pedía cuentas de los gastos de las negociaciones. «Las cuentas, exclamó Escipion enseñando sus libros, aquí están; están corrientes y claras; pero no me haréis la injuria, ni os la haréis á vos mismo, de exigirme las.» El senado pasó á otro asunto.

Ni áun su valor estuvo exento de las insinuaciones pífidas de sus enemigos. Decíanle que no sabía ser soldado. «Cierto, respondía Escipion; pero he sabido siempre ser capitán.»

Parece que para ponerse á salvo de los tiros de la envidia hubo de retirarse á una modesta alquería, donde pasó el resto de su vida, dedicado á los cuidados de la agricultura como otro Cincinnato, y á los estudios de la literatura griega, á que había tenido afición desde su más tierna edad. Grande debió ser la ingratitude de Roma cuando, en un momento de despecho, le obligó á exclamar: «¡Ingrata patria, no poseerás ni áun mis huesos! ¡Ingrata patria, ne ossa quidem mea habebis!» Era un castigo para Roma privarla de las cenizas de un grande hombre. Murió Escipion en el mismo año que Aníbal, el 572 de Roma.

No le estuvo reservada á Aníbal mejor suerte. Al

principio siguió dominando en Cartago, llegó á la suprema magistratura é introdujo algunos cambios en el gobierno de la ya pequeña y desarmada república. Pero no permitiéndole su genio dejar de suscitar enemigos á Roma, se concertó para ello con el rey Antioco de Siria. Noticioso el senado romano, se quejó al cartagineses, y temiendo Aníbal ser entregado por sus propios compatriotas, huyó secretamente á Siria, donde tomó una parte activa en la guerra de aquel rey con los romanos. Encontráronse Escipion y Aníbal en la corte de aquel príncipe. En una de sus entrevistas le preguntó Escipion: «¿Quién os parece el mayor de los generales que ha habido en el mundo?—Alejandro, respondió Aníbal.—¿Y despues de Alejandro?—Pirro, rey de Epiro.—¿Y el tercero?—El tercero yo, respondió Aníbal con arrogancia.—¿Y qué diriais si me hubierais vencido?—Entonces, contestó Aníbal, me contaría yo el primero de todos.»

Como una de las condiciones de la paz con Antioco fuese la entrega de Aníbal como promovedor de la guerra, tuvo que fugarse igualmente de Siria y buscar un asilo en Bitinia, á cuyo rey prestó también importantes servicios contra los aliados de Roma. Hasta allí le persiguió el odio de los romanos; y temiendo por la seguridad de su persona, intentó escaparse; pero el rey Prusias le tenía bien custodiado, y entonces aquel grande hombre, desesperanzado de poder librarse del lado cruel que le perseguía, tomó un tósigo que llevaba siempre consigo, y murió á la edad de setenta años.

Tal fué el fin de aquellos dos ilustres rivales, de quienes dependieron los destinos de sus respectivas repúblicas, y que tanta influencia ejercieron en el de todo el antiguo mundo.